

Don Felipe Rinaldi

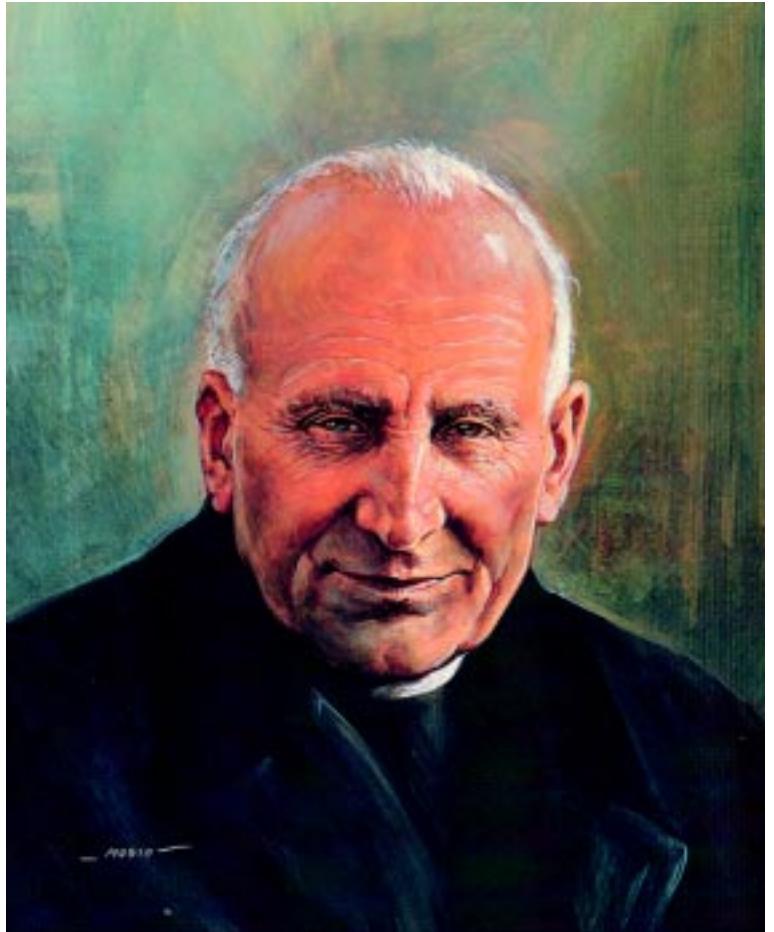
17 de febrero de 1901. Mientras al lado de don Rúa asiste a la función de teatro de los muchachos, don Belmonte, prefecto general de los salesiano, sufre una trombosis cerebral y se muere a las pocas horas. Solo tenía cincuenta y ocho años y ejercía con gran acierto el cargo número dos de la congregación salesiana. Don Rúa quedó muy preocupado. Piensa, se aconseja y reza. Después telegrafía a don Felipe Rinaldi para que acuda a Turín lo antes posible: él será el nuevo prefecto general.

Don Rinaldi, como siempre, obedece, aunque le cuesta dejar España. Sólo tiene cuarenta y cinco años, e ir a encerrarse en el despacho del prefecto, a quien en ese tiempo le estaban encomendados tanto la gestión administrativa como los asuntos disciplinares más espinosos de toda la congregación, le da una sensación de vértigo.

Para no dejar que la sequedad entre en su corazón, se levanta por la mañana muy temprano, dice la santa misa a las cinco, y luego dedica dos horas a confesar a la gente en el santuario de María Auxiliadora. "Tengo necesidad de sentirme sacerdote", dice como para justificarse.

El 6 de abril de 1910, a los setenta y tres años, don Rúa se apaga. Don Rinaldi comunica la triste noticia a los salesianos y convoca el capítulo general que elegirá al "tercer Don Bosco".

1914. La primera guerra mundial azota a Europa. En aquella gran agonía de los pueblos, también la



Felipe Rinaldi

congregación salesiana padece su pequeña dolorosísima agonía. Casi 2000 salesianos de las diversas naciones europeas se enrolan, visten el uniforme militar y se combaten mutuamente en trincheras contrarias. Muchas casas salesianas quedan requisadas y son transformadas en cuarteles, hospitales militares, albergues provisionales para prófugos y huérfanos.

Sobre don Rinaldi recae la difícil tarea de proveer a las necesidades materiales de los hermanos combatientes. Y sin embargo, durante aquellos durísimos años 1914-1918, don Rinaldi logra dar vida a dos

obras que en los años venideros tendrán un extraordinario desarrollo: la Federación Internacional de Ex alumnos y Ex alumnas y la asociación de consagradas seculares que luego serán llamadas Voluntarias de Don Bosco.

En octubre de 1921, don Rinaldi, por segunda vez, tiene el triste encargo de anunciar a los salesianos la muerte de su rector mayor: don Pablo Álbera se había apagado casi de improviso.

Don Rinaldi tenía sesenta y cinco años. Sus cabellos, alrededor de su ancha frente, estaban casi blancos.

Su mirada, tras las pequeñas lentes de montura metálica, se había hecho más dulce y un tanto triste. Su cuerpo, alto y robusto, se había hecho pesado en los 20 años de duro trabajo en el despacho. Ahora esperaba que los salesianos le dispensarían de aquel pesado cargo.

El 24 de abril de 1922 se había reunido en Valdocco el capítulo general para elegir al nuevo rector mayor. A las nueve, don Rinaldi salió de su despacho con su gastada sotana negra de siempre, llevando sobre sus hombros el abrigo, al que le faltaba uno de sus grandes botones. En el bolsillo llevaba un papelito que iba a leer a la asamblea. "Ruego que elijan un prefecto joven. Este es un cargo que exige mucha actividad y trabajo. Cuando uno se hace viejo, es difícil cargar con todas sus responsabilidades (...). Tenemos necesidad de que en el capítulo entren los jóvenes".

Pero el capítulo no le dio tiempo para leer aquel papelito: lo eligió Rector Mayor en el primer escrutinio. Después de un largo aplauso, don Rinaldi se levantó desconcertado y dijo: "¿Qué es lo que me han hecho?... Esta elección es un embrollo para mí y para ustedes. Nos hace creer que el Señor quiere mortificar a la congregación, o que la Virgen quiere darnos a entender que es ella sola la que actúa en medio de nosotros. Les aseguro que para mí se trata de un gran tormento. Recen para que yo no eche a perder lo que Don Bosco y sus sucesores han hecho..."

Pero uno de los salesianos más antiguos, don Francesia, que había pasado muchos años en familiaridad con Don Bosco, dijo: "Le falta sólo la voz de Don Bosco. Todo el resto, lo tiene". Desde aquel día, los salesianos tuvieron en don Felipe Rinaldi a su "cuarto" Don Bosco.

Desde los primeros meses de su rectorado, don Rinaldi dio un fuerte

impulso misionero a la congregación. El cardenal Juan Cagliero, primer misionero de Don Bosco, celebraba los sesenta años de sacerdocio. Para aquella ocasión, don Rinaldi transformó la obra salesiana de Ivrea en el primer "Instituto Misionero Salesiano": desde aquel momento saldrían para las misiones personas muy jóvenes, en grado de asimilar con facilidad a lengua y las culturas locales.

El número de aspirantes a las misiones llegó a ser tan grande que en pocos años se abrieron otros nueve institutos misioneros.

Don Rinaldi apoyó el florecimiento de las vocaciones misioneras con la publicación de la revista Juventud Misionera y la organización de las Asociaciones misioneras de la juventud salesiana.

En los nueve años de su rectorado, partieron para las misiones 1,868 salesianos y 613 Hijas de María Auxiliadora.

Con el fin de mantener unidos a los salesianos, ya don Rúa y don Álbera habían realizado largos viajes. Don Rinaldi, aunque cada viaje lo dejaba postrado, comprendió que debía seguir su ejemplo, y se acomodó a él. Visitó a los salesianos y a las FMA en las naciones que habían sido golpeadas por la gran guerra: Polonia, Austria, Hungría, Alemania y Francia. Desde aquí siguió hacia su querida España.

El 2 de junio de 1929 don Rinaldi vivió el día más hermosos: Don Bosco fue declarado beato por el papa Pío XI. En aquel año, la fatiga y la edad (setenta y tres años) comenzaron a hacerse sentir de una manera alarmante.

Desde los primeros meses de su rectorado, don Rinaldi dio un fuerte impulso misionero a la congregación



Debió suspender los viajes. Se recogía en largos ratos de oración. "La vida interior -decía a los salesianos- es la presencia de Dios dentro de nosotros mismos, recordado, invocado, amado. Es necesario llegar a dar vida espiritual a la escuela, al recreo, y esto sin ni siquiera decirlo, sino sólo pensándolo".

En la mañana del 5 de diciembre del año 1931, con el corazón muy cansado, don Rinaldi se había senta-

do con un libro en la mano. El secretario estaba en el despacho a su lado. En cierto momento oyó un golpe de tos. Fue a ver si tenía necesidad de algo. Lo halló con la cabeza inclinada sobre el libro. Se había ido a Dios sin molestar a nadie.

La congregación salesiana que él había recibido de manos de don Pablo Álbera contaba con 4,788 salesianos que trabajaban en 404 obras. Ahora, después de nueve años en los que había tenido el miedo de "estropear" lo que Don Bosco había hecho, la formaban 8,836 salesianos, que trabajaban en más de mil obras esparcidas por el mundo.

En los nueve años del rectorado de don Felipe Rinaldi, partieron para las misiones 1,868 salesianos y 613 Hijas de María Auxiliadora.

El 29 de abril de 1990, Juan Pablo II lo declaró beato.

Ceferino Namuncurá

Joven indio argentino hacia los altares

Depositada en la Congregación
para las Causas de los Santos la documentación

CIUDAD DEL VATICANO, viernes, 13 enero 2006 (ZENIT.org).- Después de Juan Diego, testigo de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, la Iglesia católica podría tener un nuevo beato de origen indio. _

El vicepostulador para la Causas de Beatificación y de Canonización del venerable Ceferino Namuncurá (1886-1905) ha entregado a la Congregación para las Causas de los Santos las actas del proceso diocesano sobre un milagro atribuido a su intercesión, informa la Agencia de Noticias Salesiana (ANS).

Comienza así la fase romana del proceso que debería llevar a la beatificación de Ceferino. El vicepostulador, don Dante Simón, estaba acompañado por el postulador general, don Enrico dal Covolo, por el colaborador de la Postulación, don Luigi Fedrizzi, y por dos hermanos argentinos: Luis Gallo, director de la comunidad «San Francisco de Sales» de la Universidad Pontificia Salesiana, y don Roque Cella, ecónomo de la misma Universidad.

«Mientras tanto en Argentina y en toda América Latina se continúan registrando testimonios de favores espirituales y ayudas físicas debidos a la intercesión de Ceferino», añade ANS. «De esta forma, poco a poco, la posibilidad de poderlo venerar en los altares se hace cada vez más concreta».

El Rector mayor de los salesianos, don Pascual Chávez, en su audien-

cia al vicepostulador, ha deseado que el proceso sobre el milagro pueda concluir en breve tiempo y que Ceferino llegue pronto a estar entre los beatos de la Familia Salesiana.

Ceferino Namuncurá nació el 26 de agosto de 1886 en Chimpay (Pcia. de Río Negro), hijo de Manuel Namuncurá (cacique de la tribu Namuncurá) y de Rosario Burgos (una cautiva nacida en Chile). _A los 11 años fue a Buenos Aires «a estudiar para hacer bien a mi raza» (como solía decir), como alumno del Colegio Salesiano Pio IX.

En febrero de 1903 entró al aspirantado salesiano en el Colegio San Francisco de Sales en Viedma. _Allí su salud, minada desde unos años antes por la tuberculosis (la enfermedad contra la cual la raza mapuche no tenía defensas), se resintió en forma extrema.

En el año 1904, juntamente con Mons. Juan Cagliero, viajó a Italia donde se esperaba Continué en Italia los estudios, en Turín y después en Roma. Pero el 28 de marzo de 1905 fue internado en el hospital Fatebenefratelli de la isla Tiberina, donde murió el 11 de noviembre.

El proceso sobre la heroicidad de la vida y de las virtudes y sobre la fama de santidad había sido iniciado en Viedma en 1947; la lectura del decreto con el que se le declaró venerable es del 22 de junio de 1972. 